

RECUERDO DE UNA SONRISA

Miguel Molina Rabasco

El tiempo, como una especie de termita invisible, va destruyendo nuestros recuerdos, esos recuerdos que, en realidad, forman nuestra individualidad —el yo de cada cual—; eso que, pecando de reiterativos, llamamos nuestra personalidad, que ha ido modelándose tanto por lo que hemos hecho y pensado como por todo lo recibido del entorno y de cuantos se cruzaron en algunos momentos de nuestra vida, influyendo en ella con sus peculiares formas de ser o actuar. Sin embargo, cuando la influencia ha sido fuerte, acusada, ese tiempo sembrador de olvidos es incapaz de borrarla, salvo en casos patológicos. Y es incapaz porque lo acontecido y las personas, o nos hirieron dolorosamente o nos produjeron amistad, satisfacciones, afectos, que quedaron grabados para siempre. Esto último es lo ocurrido con una criatura tan singular y atractiva como era Rosa Muñoz Cañete.

Mi trato frecuente con ella empezó por razones profesionales, cuando Rosa entró en las actividades políticas y recurría a mí, unas veces para buscar soluciones legales y económicas a sus proyectos y deseos, otras para conseguir satisfacer o mejorar necesidades colectivas, en los varios ámbitos a los que extendía sus inquietas ideas y preocupaciones. Siempre llegaba, con su eterna sonrisa, diciendo:

“Esto ¿cómo podemos hacerlo bien y rápido?...” Y esbozaba, de nuevo, su sonrisa con gracia y simpatía, que impedía “a priori” cualquier excusa, por ocupado que estuviera, para escucharla y tratar de resolver el asunto.

Pese a los años transcurridos aún la veo, siempre activa, atendiendo afectuosa a quienes buscaban su ayuda, y escucho su voz defendiendo con energía sus ideas, impregnadas de comprensión y calor humano, como auténtica cristiana que era.

Es bien conocida, por la frecuencia con que se acude a ella, la frase de que “los designios de Dios son inescrutables”. Sin duda en esos designios incomprensidos se encuentra la prematura pérdida de la presencia de Rosa; tal vez, también, en que por su fortaleza ante la adversidad, por su valor y resistencia ante el dolor y el hecho de encontrarse todavía en la plenitud de sus capacidades, sería ejemplo inolvidable para seres más débiles.

Un personaje de Shakespeare decía que nuestra vida debe ser como una antorcha que ilumine el camino de los que nos siguen; Rosa, para los que la tratamos, con su noble corazón, limpio de sucias adherencias, como la blanca túnica que lucía cada Domingo de Ramos acompañando a Jesús en su entrada en Jerusalén, podría muy bien considerarse como una

pequeña antorcha que, en un mundo tan sucio y conflictivo como el de hoy, indica la senda recta a seguir sin dejarse arrastrar, como con frecuencia ocurre, por oscuros e inconfesables intereses, opuestos y distantes al bien común.

Imitando, o plagiando, como queráis, un título unamuniano, yo definiría a Rosa como “nada menos que toda una mujer”, que no debe olvidarse y sí permanecer mucho tiempo en nuestra memoria con su encantadora, simpática y cálida sonrisa, emotivo y expresivo gesto de un alma ejemplar.

